

ciencia, por su palabra. En toda Grecia no encontraréis tipo alguno que pueda compararse por su torpe sensualidad con aquel Salomón de la Biblia, en cuya vida se reproduce la vida sensual de los más voluptuosos sirios, y en cuyo palacio rebrotan los harenes más poblados y más voluptuosos del Oriente. La familia está ya fundada en Grecia y pocos griegos había capaces de vender sus esposas á los tiranos como Abraham vendiera la propia Sara tan tristemente á los egipcios. No cabe dudar que así como la flauta líbica resuena en las majadas y en los oteros de Grecia, la barca fenicia surca la aguas de Jonia, los dioses indios con sus coronas de lotos llegan bajo los olivos y los laureles de Colonna, el culto sensual y orgiástico del Asia viene también con toda esta serie de indispensables transformaciones y metamorfosis al seno de aquella Grecia, cuyos templos primitivos, cuyos dogmas rudimentarios, cuyos dioses primeros, cuyos gérmenes de vida todos se habían recogido y tomado en el seno inmenso de la grande Asia, que llevara el género humano todo entero en sus inmensas entrañas.

Difícil, muy difícil que la buena fama y renombre coronen á mujeres lanzadas al peligro de una vida tan procelosa como la que traen consigo los públicos deberes y oficios. Ninguna de las excel-

sas damas que presidieran los salones literarios en Europa exéntase del receloso murmurar que sigue siempre á la mujer fuera de su casa. Nadie ha creído que las relaciones de Chateaubriand con madama Recamier, ni que las relaciones de madama Stael con M. de Narbona se redujesen á puros coloquios platónicos. En el mundo se contrastan y compensan con desventajas todas las ventajas, y se sufre mucho por el envidiado privilegio de una excelsa é incontestable superioridad. La hetaira griega no puede, pues, confundirse, siquiera un renombre adverso la persiga, con la prostituta moderna. Las historias cuentan y no acaban los servicios prestados por estas mujeres extraordinarias, y la excelsitud del puesto que varias ocupan y la utilidad de algunos ministerios que desempeñan. Abydos en cierta ocasión debió, asediada, su libertad á una joven de este linaje. Hetaira llamaron los griegos á cierto simulacro de Venus, y sería inútil añadir que no lo decoraran ciertamente con tal nombre, si tuviera el torpe sentido allegado en todas nuestras lenguas y en todas nuestras literaturas contemporáneas. La mujer, que se hallaba de venta en aquellos pueblos y en aquellos tiempos, había sido proscripta casi de la sociedad por leyes verdaderamente rigurosas. Ninguna joven ateniense podía caer en la prostitución sin dejar sus privilegios y

prerrogativas de ciudadanía. Oficio tan odioso no podía ejercerse allí sino por extranjeras de origen ó por infelices que, chocando con el vicio, cayeran á una en triste y adquirida extranjería. Barrio especialísimo se les designaba fuera del recinto y en sitio de tantas confusiones y mezclas como el Pireo, por cuyas playas pululaban ya los pilluelos clásicos de todas las marinas y se oían los discordes vocablos de todas las lenguas. Sólo muy entrada la noche, y en sitios muy velados por las sombras, aparecían estas mujeres marcadas con sello de infamia verdaderamente indeleble y vestidas con traje uniforme, designado por los rescriptos de aquella legislación y por las ordenanzas de aquella policía. Las leyes, pues, perseguían y castigaban el vicio. Un adulterio llevaba consigo la interdicción de ingreso en el templo. Los bastardos no pertenecían á la población libre, con cuyos hijos no se criaban ni educaban en las escuelas públicas. El bastardo no estaba por ningún deber obligado con sus padres, por ninguno. Al darles una vida triste y deshonrosa, relevábanlos de toda obligación. Cualquiera que prostituía una mujer ó la enseñaba de algún modo á claudicar y perderse, allí, en aquella legislación durísima, quedaba reo de muerte y merecía el supremo y deshonroso castigo. Por consiguiente, la tolerancia tenida con mujeres

del carácter y del ministerio que habremos de reconocer en Aspasia, sólo muestra su diferencia y separación de aquellas otras descendidas mucho más abajo en la escala social y marcadas con sello indeleble de verdadera infamia. Y no lo decimos esto por Aspasia solamente, lo decimos por otras muchas de su condición y de su sexo, colocadas en estados análogos á su estado.

Las infelices de última condición se dividían en dicterias y flautistas. Nuestro nombre dicterio lleva en su sentido vulgar de hoy el infame sabor de su origen etimológico. La dicterida permanecía en el Pireo, la flautista iba en coros y en orquestas á los festines y á las festividades. Pero la hetaira vivía de otra suerte. La hermosa región ateniense designada con el nombre de Cerámica le servía de asilo. En la Cerámica se veían los plátanos celebrados por los diálogos de Platón, radicaban las tumbas de los héroes cantados por Píndaro, lucían los largos atrios y los armoniosos intercolumnios que preservaban del calor á los atenienses y daban abrigo á las estatuas y á los cuadros. El joven enamorado en su alma y conciencia de aquellas distinguidas mujeres, colocaba en una pizarra su nombre propio con su voto amorosísimo, y luégo tenía que aguardar aceptación ó negativa. Lo cierto es que junto á cada hombre

ilustre se alza en los antiguos tiempos una mujer de esta clase. La tolerancia con ellas extendióse al extremo de que Temístocles, un general como Temístocles, el vencedor de Salamina, se dejara esculpir en cierto bajorelieve célebre, de pie sobre una hermosísima carroza tirada por cuatro jóvenes hetairas. Éstas habían llegado á un tan grande influjo, que obtuvieron estatuas en Atenas. Baste decir que la joven amiga de Harmodio, el célebre tiranicida tan celebrado por la poesía y por la elocuencia clásica, Leena, se vió representada en forma de leona sobre la puerta de los fuertes atenienses por haberse cortado con los dientes su lengua y escupídola con furor á la cara de sus verdugos antes que revelar los cómplices de aquel á quien había consagrado su vida. ¿Cuál de los ilustres atenienses no tuvo su hetaira? El puro y castísimo Platón amó en su vejez á una vieja como él; Sófocles, el inmortal Sófocles, amó á Teoris, que perteneciera de antiguo al sacerdocio de Neptuno y mezclara esencias y mixturas para componer embriagadores filtros. Sócrates trabó largas relaciones con Teodota, de quien también Aristófanes un día se prendara en grado tal, que su célebre comedia de las nubes, cuyas gracias mataron al filósofo, se inspiró, no tanto en sus creencias religiosas como en sus celos rabiosísi-

mos. Menandro vivió con Glicería, quien despreció nada menos que un trono en Egipto por los brazos de su poeta. En los versos por éste dedicados á tal musa descúbrese la naturaleza moral de unas relaciones en las que prevalecían los afectos nobles sobre los instintos físicos y la inteligencia sobre las propensiones sensuales. Vivir juntos en el comercio y cambio continuo de las ideas, envejecer al mismo tiempo, morir de la misma muerte, así eran los votos y aspiraciones de aquellas dos nobles almas, unidas en esta especie de particular matrimonio griego. Luciano, tan mordaz, Luciano, que se burlaba de todo el mundo y de todo el mundo maldecía, elogia en sus diálogos una mujer de este linaje, Pitias, de la cual dice que nunca renunció á la sencilla naturaleza y nunca hirió las costumbres honestas. Egnatenes mereció que poetas ilustres la consagraran largas biografías y recogieran sus menores dichos y sus más vulgares hechos. Por tal manera debía parecer entretenida la conversación de todas estas mujeres, que Linceo anduvo toda su vida tras las frases manadas de sus rosadísimos labios, y las reunió en célebre colección conocida con el nombre clásico de apotegmas. No cabe dudarle; en Grecia la hetaira resulta un tipo intermedio entre la cortesana y la esposa.

El carácter principal de la prostitución se halla

en la merced material aceptada por el favor ofrecido. Así no puede confundirse la condición de Aspasia, por ejemplo, con la condición de Lais. Aunque muy hermosa ésta y por todo extremo influyente con algo de influencia superior y espiritual ¡ah! los pagos recibidos por sus favores la condenan al infierno perdurable de la infamia. No estará demás, pues, el detenernos en su presencia para estudiar y advertir su condición y los caracteres que separan esta condición de la conseguida por Aspasia, con la cual suelen muchos injustamente confundirla. Siciliana, tenía en su sér algo de aquella mezcla de lavas con olas, de mieles con sales, de idilios con tragedias que constituye los caracteres capitales de Sicilia, Sujeta en aquellos tiempos á las catástrofes de los combates continuos, como sujeto su hogar á las catástrofes y erupciones del Etna, un día, rendida su patria tras un asedio de Nicias, cayó en los despojos del vencedor y entró en los mercados de siervas. Proporcionada y armoniosa desde su infancia, con espaciosa frente, con cabeza esférica, con párpados negros, con dientes blancos, de palidez mate contrastada por sus labios rosáceos, ligera como las cabras al andar, firme como las estatuas al pararse, un día que tornaba de la fuente con su cántaro en guisa de corona, la vió un pintor como Apeles y la puso, des-

pués de haberla rescatado, entre sus más hermosos modelos. Entrada en la pubertad, después de haber pasado medio lustro en compañía del artista, fijóse allí donde se fijaban las cortesanas más célebres, inmensa mancebía, en la ciudad voluptuosa de Corinto, por donde iban y venían los más poderosos y los más ricos navegantes y mercaderes del antiguo mundo. La tarifa de sus gracias había subido en tal modo, que su fama y renombre se difundía por todo el continente asiático, del cual muchos se apartaban tan sólo para tratarla, y salidos como potentados volvían como pordioseros. Una vez Demóstenes llamó á sus puertas ganoso de saber cuánto valía esta cortesana extraordinaria. Después de haber arramblado con todo el dinero disponible, se dirigió en su busca y le preguntó su precio. Mas como ella le demandara diez mil dracmas, contestó el ateniense que no podía comprar tan cara la fatiga de un hastío y la vergüenza de un arrepentimiento. «Por no arrepentirme yo, le respondió Lais, os he demandado las diez mil dracmas.» A pesar de tal desprecio á un hombre tan ilustre, Lais prefirió siempre á los amantes vulgares los amantes de reputación y renombre. A sus puertas llamaron desde la elegancia del refinado Aristipo hasta la brutalidad del cínico Diógenes. Por una libertad de costumbres, en estos nuestros tiempos incomprensi-

ble, Diógenes iba en compañía de Lais á las fiestas de Neptuno, en Egina. Los filósofos, los escultores, los poetas, la seguían, unos para recoger sus ideas, que brillaban como relámpagos; otros para estudiar sus inspiraciones, que parecían materia de odas y de himnos; otros para copiar sus líneas, que le daban el aspecto y la forma de una estatua viva. Contábase como una gran maravilla el que dos hombres la hubieran en el mundo resistido, el filósofo Xenócrates, á quien ella brindara con sus amores, y el atleta Euvates que, prendado y enamorado de su casta mujer, una cirenaica, rehusó traicionarla con tan fáciles y vulgares amores. Una vez la puso en escena cierto autor trágico, dirigiéndole con furor este apóstrofe: «apártate de mi lado, infame.» Al salir de la representación dirigióse la joven al poeta y le dijo que uno de sus versos decía esta sentencia: «sólo es vergonzoso aquello que hace uno estimándolo antes por tal.» El interés puesto por los antiguos en estas mujeres se demuestra con sólo decir cómo un biógrafo tan amable y recatado como Plutarco nos cuenta que Lais murió en el cumplimiento y observancia de su triste ministerio.

Hemos dibujado este personaje y tipo de Lais tal como nos lo presenta Dufour en su curiosísima *Historia de la Prostitución*, para que se vea cuánta

diferencia la separa de Aspasia y cómo no puede confundirse una con otra. Aspasia, siquier llegara circuída por un coro de jóvenes bellas al seno de Atenas, jamás tuvo por profesión el infame comercio á que Lais toda su vida se diera. Más pagada ciertamente de su ingenio y de sus estudios que de su hermosura y de sus gracias, abrió escuela de retórica y enseñó el arte de bien decir en griego, destinado á señorearse con espiritual y merecido señorío de una ciudad libre, democrática, republicana. Los antiguos no admitieron oradoras, como no han admitido predicadoras los católicos. Y, sin embargo, la elocuencia y sus grandezas naturales acaso brillan más en el sexo de la pasión, de las inspiraciones, de la estética inconsciente que en este nuestro sexo del raciocinio, del cálculo, del valor frío, en que predominan las facultades intelectuales sobre las facultades intuitivas. Pero si la natural y consiguiente correlación que hay entre los métodos y artes propios de la palabra y los métodos y las artes propios de la política, dan por natural resultado que la mujer no entre de ningún modo en las asambleas populares y legislativas, basta con oirlas para sorprenderlas en plena y natural elocuencia. Y así no es mucho que Aspasia, ejercitando su natural oratorio, llegase á dar lecciones y á ofrecer ensayos de retórica en su

hogar á los jóvenes atenienses, necesitados todos ellos de un arte como aquel, mediante cuyas virtudes ejercían dominio natural sobre su pueblo, y sobre las tormentas, y sobre los huracanes á que los pueblos están con tanta frecuencia sujetos. Pero no cabe duda que ningún arte se presta de suyo tan poco á la enseñanza como este arte de la palabra, el más espontáneo y el menos aprendido de todos. Cabe la dominación soberana por medio del estudio sobre las lenguas, tan difíciles de someter y sujetar; cabe un conocimiento de las letras que os granjee buen gusto; cabe una contemplación de los modelos que os industrie allá en los secretos sumos de la técnica y de la estrategia oratoria; cabe un ejercicio dialéctico en el raciocinio que os robustezca, cual robustece á vuestro cuerpo la gimnasia; pero en vano estudiaréis todo esto si os falta, por vuestro mal, aquella suma de fuerzas físicas, de facultades creadoras, de inspiración súbita, de sentimiento inspirado, de raciocinio intuitivo que constituyen al orador, artista, lógico, sabio, poeta, necesitado de un conjunto tal de dones, que muy difícilmente los hallaréis reunidos en la singularidad superior de una persona. Por eso el arte oratorio no se aprende, pero se enseña. Y Aspasia, en su trípode á manera de pitonisa, valiéndose tanto de la seducción que le da-

ban sus gracias personales como de la facilidad proveniente de sus afectos profundos y de sus inspiraciones súbitas, dió lecciones de retórica, y más por éstas que por las gracias y por la hermosura de su cuerpo se asentó en el coro de las glorias griegas y dominó así en el ánimo de Pericles como en el entendimiento de Sócrates.

En estas conferencias encontró á su Aspasia Pericles. Tan sublime repúblico debía representar en la historia humana el cenit de la gloria helénica, el florecimiento y la fructificación de Atenas. Imposible que la península brillara en todo su natural esplendor, si aquella ciudad, en cuyo Cefiso crecían los laureles de Dafne y en cuyos campos los olivos de Minerva, dejaba de representar esa hegemonía, es decir, ese predominio y poder naturales á los superiores sobre los inferiores, que se ganan y adquistan por títulos ennoblecidos con los esfuerzos del trabajo y con los esplendores del genio. Después de haber Atenas dirigido la inmortal campaña contra los persas por mar y tierra; después de haber dado en sus gimnasios asilo á los filósofos y en sus templos altares á los dioses que más agrandaran y embellecieran el genio helénico; después de haber fijado los poemas homéricos y de haber producido las sublimes tragedias donde recitaban versos inmortales Hércules y Prometeo; después de dadas

las liturgias que servían como de disciplina incomparable á los espíritus y hasta la geometría que levantaba esos himnos en mármoles compuestos por sus armoniosos edificios; habiendo legislado Solón, escrito Heródoto, bajado del Hibla y del Himeto los enjambres de abejas que traían en sus agujones la miel ática; entonado sus versos Esquilo, y levantándose del sepulcro de sus muertos heroicos la sobria elocuencia clásica, una incontestable superioridad le granjeaba la suma de todas estas riquezas intelectuales, tan propias para constituir una soberanía moral, base de toda verdadera soberanía política. Siempre que una grande tendencia social se manifiesta, concluye á la postre por ceñirse y revestir su forma necesaria en hombre superior. Y las tendencias sociales de Atenas se personificaron en Pericles; noble, pero sin que su nobleza excluyese los sentimientos de igualdad indispensables á un demócrata; sabio, pero sin que su sabiduría cayera en aquella especie de fórmulas hiératicas y misteriosas de que se sirven las teocracias para sojuzgar á las muchedumbres; guerrero, pero con aquel heroísmo reducido á servir la causa de los pueblos; general victorioso, que no creía sus victorias bastante á darle sobre los ciudadanos aquella militar autoridad ejercida sobre los soldados; de un patriotismo que no excluía cierta universalidad en su espíritu

á pesar del estrecho límite donde se hallaba recluída la patria griega; de un amor á las artes que no le traían molicie ninguna y no le privaban del culto á la severidad; genio completo, en quien las ideas resplandecían como rayos del alma y la palabra se levantaba por su intrínseca virtud al mismo nivel de las ideas. Tal era Pericles.

El cuidado enorme de los negocios públicos le había hecho severo sin crueldad y meditabundo sin hipocresía ni tristeza. Mezclado por la condición de sus deberes y por la influencia de su autoridad, como levadura necesaria, el pensamiento suyo en toda la vida griega, predominaba sobre las demás fases de su espíritu y sobre las demás inclinaciones de su sér el oficio severo de político y estadista. Vefasele, por ende, acudir diariamente desde su hogar á las Asambleas, donde con su palabra señalaba el camino á las muchedumbres, después de haberlas juzgado en los altos tribunales públicos. Un hombre así había menester naturalmente de casa que resultase para él una especie de recatado santuario, y en cuyo seno encontrara las compensaciones apetecibles á quien topa con tantos obstáculos en el estadio de la política y recibe tan crueles golpes en el combate con los partidos. A pesar de que todos aceptaban su incontestable superioridad y tenían que sufrirla, no la sufrían cierta-

mente sin murmuraciones y sin protestas. El pueblo ateniense recelaba mucho de sus primates, y con frecuencia solía premiar en el ostracismo las mayores virtudes. Arístides, el ciudadano por excelencia, sufrió estas duras leyes, y no pudieron á ellas exentarse individuos compiscuos de la familia y stirpe á que pertenecía Pericles. Sus enemigos le acusaban de tirano, por el ascendiente natural conseguido á fuerza de trabajo, y decían para vejarlo por todos los medios imaginables, cómo se asemejaba su rostro al rostro de Pisistrato, y cómo se descubrían en todo su aspecto los rasgos propios de aquellos acostumbrados á oprimir las muchedumbres so color de servir las. Todo estadista devoto de las innovaciones políticas y sociales riñe con fuerzas tan vivas como las propias de un patriado reaccionario y de un sacerdocio supersticioso, sin hallar, á cambio de tan poderosas y terribles enemigas, el necesario apoyo en muchedumbres levantiscas, indóciles, tumultuosas, tempestuosísimas, fáciles de reducir por el sofisma y por el halago, difíciles en aceptar la natural dominación de los superiores, y que no suelen comprender todo cuanto han hecho por ellas sus profetas, sus tribunos, sus estadistas, sus reveladores, sus partidarios, en fin, sino después de haberlos malherido, y verse privadas, tristemente, de un amparo por ellas mis-

mas conspuído y roto. Se necesita conocer las democracias, tan llenas de vida como el mar, pero como el mar tan sujetas á tempestades y procelas, para comprender cuántas virtudes morales, cuánta fuerza intelectual, qué don de palabra, qué género de prudencia, qué alto espíritu de conciliación, qué mesura en sus procedimientos y qué riqueza de ideas necesitaba Pericles si había de dirigir una democracia como la democracia griega y personificar una ciudad como la ciudad de Atenas.

Hombres así necesitan de un hogar habitado por la felicidad. Y, sin embargo, la felicidad no habitaba en el hogar erigido por Pericles. Casado con una parienta suya viuda, no quería ésta de ningún modo habituarse á las tristes asperezas propias de los hogares donde residen poderosos repúblicos. No había en la mansión de Pisistrato aquellas molicies habituales en una patricia que corriera su vida entre ricos y riquezas. Desde un hogar inaccesible, la primera esposa de Pericles había pasado á un hogar accesible á todo el mundo, y desde una familia sin cuidados á una familia cuidadosa de todo un pueblo. La rica egoísta no se conformaba con la difusión de una vida mezclada de suyo á toda vida popular, y la patricia de abolengo no veía con buenos ojos las invasiones plebeyas en sitios recatados á tan irreverente profanación. De sangre aristocrá-